

CALLE COMPAÑÍA **(Ex Calle de La Compañía)**

YA EXISTIA, en 1953, una pobre capillita levantada por los jesuitas con primera limosna recibida del vecindario a su llegada a Chile. Este solar ocupaba la mitad sur de la manzana; la mitad norte fue donada a los Jesuitas años después, en 1620, por el capitán López de la peña, que había hecho a los mismos padres varias donaciones en Mendoza. Otro piadoso propietario, el maestro del campo don Martín Ruiz de Gamboa, quiso contribuir también a la fundación, y les hizo una rebaja de 808 pesos a la suma de 4.400 que pedía por un terreno en ese predio. Los jesuitas formaron con el ensanche su magnífica casa, que, treinta años después, mostraría al poblado el templo suntuoso de la Compañía de Jesús.

Esta iglesia fue construida, en el sitio que ocupaban los jardines de la cámara de diputados, bajo la dirección de Miguel Teleña, religioso coadjutor del mismo instituto. El material que se empleó en fabricación de sus tres naves era piedra blanca, labrada a pico y sentada sobre yeso. El sombrío techo, cerca del presbiterio, tenía una gran cúpula; el tabernáculo, colocado en la nave principal, por lo primoroso de su tallado y la riqueza de su revestimiento, fue apreciado en 32.000 pesos, y reputado como la primera obra artística que poseía Santiago. El costo de la fábrica estaba avaluado en cien mil ducados.

En el templo fue colocada, bajo su advocación, la cabeza de una de las once mil vírgenes, en relicario de plata, que tenía forma de un castillo.

El callejón que enfrentaba la puerta principal tuvo su respectiva plazuela, mercadillo de vendedores y punto donde se acertaban las horas señorones de manteo y capa.

Las prédicas de los jesuitas, habilidosos en recursos de oratoria, empezaban a congregarse a numerosos feligreses, los que salían en procesión por la callejuela hasta la plaza de armas, recitando la doctrina. Las beatas trajineras que acudían a las festividades diarias de los padres de Jesús, fueron las primeras en llamar a la calle con el nombre "de la compañía".

La vida del templo terminó en el año 1647, en que fue arrasado por el terremoto del 13 de mayo. Poco tiempo después se empezó a reedificar, en el mismo sitio, la tercera iglesia de su nombre, en cuya fábrica se emplearon cerca de treinta años. Se le hizo una enorme torre, sobre el frontispicio, colocándose en su esfera el primer reloj público que ostentara Santiago del nuevo extremo, y que marcó el nuevo año de 1760, en medio del indescriptible pavor que produjo entre los timoratos Santiaguinos el golpe misterioso de las doce campanadas de la máquina, como llamaron a las diversas piezas endiabladas que hacían andar los punteros.

Este nuevo templo fue arruinado también por el terremoto del 08 de julio de 1730, pero se procedió muy pronto a su reparación, reforzándose los arcos de las naves con murallas transversales, de lo que resultó una serie de oscuras y estrechas capillas, en los dos costados, que dieron al recogimiento del recinto un sedante misterio.

Expulsados los jesuitas en 1767, por la pragmática de Carlos III, la iglesia de la Compañía de Jesús quedó casi abandonada, hasta los primeros años del siglo XIX, en que fue su capellán el clérigo don Manuel Vicuña, más tarde Arzobispo de Santiago.

La plazoleta de la Compañía, en el año 1820, tenía en torno un grupo de edificios de importancia pública para los Santiaguinos. Eran éstos la aduana, al oriente; el consulado, al sur, enfrentando el antiguo templo, y al costado poniente quedaba el teatro.

La Aduana se había construido en 1807, según planos de Toesca, en el mismo lugar donde los Jesuitas tuvieron el Convictorio de San Francisco Javier. Cuando fue trasladada a Valparaíso, después de la Independencia, se instalaron en el edificio colonial las Cortes de Justicia y los Juzgados de Letras en lo civil. El Consulado, especie de Cámara de Comercio, se empezó a construir a fines del siglo XVIII, y fue terminado en 1806. La fachada era de dos pisos y sus pilastras sobresalían con sencilla severidad. El Teatro, por sus curiosas amarras arquitectónicas, parecía una barraca.

La plazuela era el rincón predilecto de los próceres y ciudadanos que empezaban a discutir los rumbos de la política. Un Cartelón, pegado a la muralla del teatro, anunciaba "Los locos de Sevilla" o el "Rey Niño Segundo", comedias muy en boga, y en las que había amoríos y asesinatos a destajo.

La calle de la Compañía señalaba su existencia a los transeúntes por el sordo bullir de ese cuadrilátero, centro de los primeros vagidos de la nueva era en la vida civil de los habitantes. El pueblo bautizo a la plazuela con el nombre de "Las Postrimerías", para rememorar el término del dominio de la potestad del Rey con la proclamación del Gobierno Nacional.

El 28 de enero de 1823, el consulado presenció la abdicación de Don Bernardo O'Higgins y su marcha hacia el destierro.

Serían las seis de la tarde cuando "el primer soldado de Chile" atravesó la plazuela, en medio de los atronadores vivas del gentío.

Llevaba en el pecho el postrer del dolor que le causara el despojo de las insignias del mando supremo, al que había renunciado por la felicidad de la patria. Don Bernardo daba el brazo a don Antonio Mendiburu, en cuya casa, al poniente del consulado, fue a pasar los últimos días que permaneció, en Santiago, antes de su partida a Lima.

Años después, el pueblo veía en los cuatro edificios situados en la plazuela de la Compañía, bautizada con el nombre de "O'Higgins", sendos símbolos de la muerte, del infierno, el juicio y la gloria.

Los estudiantes del Instituto Nacional, que tenían sus aulas no muy distantes, cantaron en una cuarteto la historia de la plazuela:

En la Aduana está la Muerte;
El juicio en el consulado;
La Gloria en la Compañía;
Y el Infierno en el Teatro;

En el lugar donde se encuentran el Senado y parte de la Cámara de Diputados estaba entonces el edificio de los colegios de san Carlos y el Seminario, refundidos más tarde en uno solo, con el nombre del Instituto Nacional.

Los muchachos, que se entretenían en pesadas jugarretas, casi incendiaron la torre del templo de la Compañía. Habían tomado la diversión de empapar con parafina las lechuzas que cazaban con aleros del viejo edificio jesuita, para soltarlas a volar ardiendo. El avechucho, desesperado, se disparaba en busca de refugio a las troneras de la gran torre vecina, metiéndose en los huecos del maderamen como antorcha viva. Así estuvo a punto varias veces de ser consumida por las llamas. Pero estos amagos sólo fueron un augurio de la tragedia que años más tarde allí se desarrollaría. El incendio de la Compañía, el 8 de diciembre de 1863, día del aniversario de la declaración del misterio que proclama a María Inmaculada, convirtió a los fieles que asistían a la festividad religiosa en humano holocausto. Santiago entero se llenó de clamor de las víctimas y casi todos los hogares se cubrieron de luto. El incendio de la Compañía pertenece a los sucesos que se perpetúan en la memoria de los pueblos. Desde los países escandinavos hasta las regiones más meridionales de Italia, España y Portugal, la prensa, con rara uniformidad dijo: "el incendio de un templo en medio de una gran solemnidad religiosa y en el que las víctimas del fuego y la sofocación se cuenta por millares, es el primero que registra la historia de las naciones civilizadas".

La calle de la Compañía, frente a los escombros del santuario, se mantuvo durante largo tiempo a una muchedumbre vestida de duelo, y de cuyas almas salían gemidos profundos, cantos lúgubres y tiernas súplicas. Los nombres de las mártires lo repetían los esposos, los hijos, los hermanos, los novios: La historia de la joven que expiró por salvar a su madre: la hermana que se arrodilló, en acción de gracias, con los brazos tendidos al cielo sombrío de la hornaza; la de la niña que prefirió volverse a las llamas por no permitirle su recato presentarse en público en el estado en que se hallaba.....

En el jardín del Congreso Nacional, en el sitio preciso donde estaba el altar mayor, cubierto con los adornos del sagrado tabernáculo que originaron la catástrofe, se alza una estatua blanca de María Inmaculada, en actitud de ruego por las almas mártires del incendio "de la Compañía".

Fuente:

Libro "Santiago Calles Viejas" de Sady Zañartu